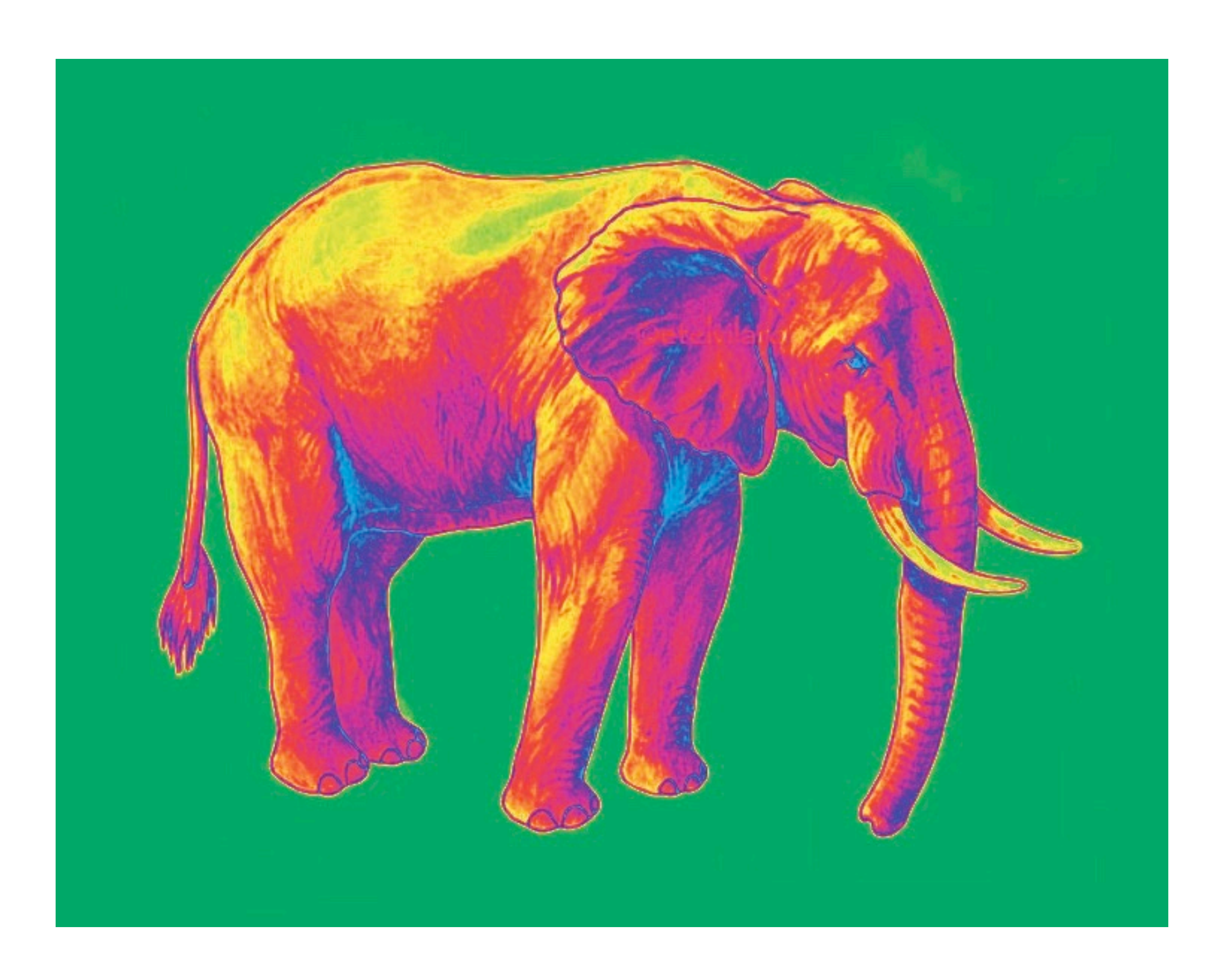
VIAJE A CEYLÁN



por: **Miguel Rodríquez**

Por los caminos color corcho, por los caminos color zapallo, por los caminos color papaya del mágico Ceylán, regresando hacia el bus de un templo budista –un Siddharta de treinta metros acostado, esculpido en la roca, otro Siddharta meditando, también esculpido en la roca– ¡casi nos ataca un mono! « ¡No se dice Ceylán! » gritó el simio fúrico « ¡Se dice Sri Lanka! ¡La isla resplandeciente! ¡La isla de la felicidad! ¡Sándalo y piedras preciosas! ¡Rubí! ¡Topacio! ¡Záfiro! ¡Ojo de gato! ¡Maderas preciosas! ¡Ébano! ¡Madera rosada! ¡Madera arcoiris! ¡Caoba! ¡Por aquí pasó Marco Polo! ¡Y después los portugueses! ¡Y después los holandeses! ¡Y después los ingleses para variar! ¡Nuestro nuevo y verdadero nombre lo debemos a poemas mitológicos de los brahamanes! » nos instruyó y volvió a pelar los dientes de marfil.

Por los caminos color oreja de elefante despigmentada, tirando p'al rosado claro, por los caminos color lagarto varano, por los caminos color iguana esrilankesa del mágico Ceylán, un día vimos un pájaro completamente verde del inicio de los tiempos, verde irisado, un pájaro con plumas de esmeralda –no era un loro–, y un resplandeciente pájaro completamente azul eléctrico, vimos a los dioses monos, monos y monos, monos de ropa gris y máscara negra mientras yo imaginaba cobras, víboras y bellas culebras rumbo al paraíso de los elefantes, el río de la vida en Asia, los árboles del pleistoceno, la jungla del jurásico, aparecen los dioses elefantes mimetizados con el agua y las frondas, familias enteras de elefantes, el jeep del safari avanza dando saltos por los caminos color melón, por los caminos color mamey, los dioses monos son alegres, son ladrones, son místicos.

Sobre el impresionante e intrigante amago de ataque del mono-perro, me imagino una intervención de los demonios, o de un complot entre el vendedor de estatuillas y el mismísimo dios Ganesh, o simplemente las blancas pantorrillas de mi hembrita… Veo al insistente vendedor de estatuillas de Ganesh, Boconcita regatea, de 4500 rupias esrilankesas de pronto el dios cuesta tres mil, luego dos mil, luego, en una fracción de segundo, veo al macaco-perro que ya empieza a ladrar bajando por la ladera, persigue la blancura de las pantorrillas, o de pronto persigue los cascabeles, los collares de vudú en los tobillos, Boconcita aterrorizada se refugia detrás del vendedor mientras que yo, bueno, mi yo de aquel instante memorable, casi pateo al simio, error terrible que hubiera apesantado mi karma que, por ahora, equivale apenas a una manada de elefantes en la balanza… El bus arranca, el insistente vendedor adivina por arte de magia dónde estamos, golpea el vidrio de la ventanilla refrigerada, al final el dios con cabeza de elefante cuesta mil rupias locales. Eso pasó en Polannaruwa, capital de los reyes cingaleses del siglo XII después del Christos, aquí, allá, aquel día, en la isla resplandeciente.

En el Sri Lanka de los primeros tiempos, cuando reinaban los dioses en la Tierra y en los cielos –había dicho el guía con tono al mismo tiempo divertido y profesoral–, no habían humanos sino demonios. 27 tipo de demonios para ser exactos. El número exacto de demonios que, desde entonces, asolan a la humanidad. El rey de los demonios, Ravana, se enamora y rapta a la esposa del dios Rama. El gran poema Ramayana cuenta el nacimiento de Rama, su matrimonio con Shita, el exilio, el rapto de Shita, la alianza con Hanumán y su ejército de monos, la guerra, el exilio de Shita, en el desenlace el poeta Valmiki lee su composición: el Ramayana. Y para dar prueba de su fidelidad, Shita camina sobre brasas… ¿Les interesa? ¿Comprenden? Est-ce que ça vous intéresse ? Vous avez compris ? pregunta el guía mientras el bus refrigerado avanza hacia el gran hotel Kassapa… Aunque por el momento todavía estamos en Francia, somos cincuenta turistas galos, bueno, 49 y un agente secreto, felices como escolares en vacaciones, otro bus refrigerado parecido a una nave espacial se dirige al aeropuerto de Niza, vuelo en Emirates rumbo a Dubai donde todo es brillante y decomunal, es un aeropuerto lujosísimo concebido para gigantes, subimos en metro rumbo al vuelo de enlace, cambio de palomón de aluminio de dos pisos a un palomón de un piso, rumbo a Colombo.

En Colombo, nos envuelve un calor tórrido sentido por primera vez así, al menos por mí, 40 grados centígrados, 60 por ciento de humedad, la transpiración es, cómo decirlo, seca y aceitosa, el oxígeno candente, somos recepcionados por los amabilísimos guías Ruwan y Kaya, ambos hablan muy buen francés, un francés libresco y aprendido, Kaya ha estudiado en la Sorbona, Ruwan en la universidad de Colombo, nos distribuyen en dos buses y dos grupos, de inmediato rumbo al reino de Sigiriya, escala en un hotel espléndido, el primero de la serie, The Kandyaan Reach de una ciudad llamada Kurunegala.

Pero me olvidaba otra imaginación, otro tipo de placidez, esa pereza tan agradable que nos invade cuando viajamos por los cielos en un palomón de aluminio, la sorpresa del desayuno salado, bueno, dulce y salado según el gusto del cliente, yo de buena gana me despacho un pollo al curry, la salsa es espesa, muy gustosa y picante, como para ponerme en órbita con la gastronomía local por venir, preparo mi lengua y mi gaznate de aprendiz de demonio… Estiro las piernas, sobrevolamos Roma, Atenas, Estanbul, Bagdad rumbo a Dubai, también Belgrado allá, abajo, también Bucarest allá, abajo, también el Cairo en la superficie del planeta Tierra, mientras que nuestro verdadero yo vuel a, pide una chela.

Y ahora aquí, en el bus refrigerado, confortablemente instalado, comienza en esta mente y en este cuerpecito una sensación de creciente maravilla que me acompañará –gracias, Ganesh– hasta el retorno a las Galias… Penetrar en la entraña esmeralda de Sri Lanka, la tierra de nuestro amigo Taba, por un designio

de los dioses del hinduísmo, a finales de abril de los tiempos recientes, me sumerje de nuevo en la magia y en las construcciones memoriales de los viajes, gracias a ellos entramos en la máquina de los tiempos, rectilíneos, circulares o elípticos, los viajes hacia lo desconocido agrandan la vida porque la llenan de recuerdos, como dice el poeta, el primer poeta, el compositor del Ramayana que el siglo veinte de la era cristiana se reencarnó en el poeta Lawrence Durrell. El bus avanza. Afuera, el trópico sofocante, la ruta super poblada a izquierda y derecha, hay millones y millones de habitantes; adentro, este confort y esta tecnología que Occidente ha conseguido asesinando a los dioses, por eso ahora los dioses se vengan de cualquier manera terrible, con las enfermedades mentales por ejemplo… El país se divide en una región húmeda y una región seca, dice el guía mientras también nos cuenta, a grandes rasgos, como pincelazos en su discurso, la muy antigua historia de su patria, salpimentada con reseñas sobre la flora y la fauna. Aquí, en Sri Lanka, cohabitan cuatro religiones, dice, los hinduístas tamules, los budistas cingaleses, los católicos y los musulmanes. El conflicto entre los tamules y los cingaleses no es de tipo religioso, no es porque unos sean hinduístas y otros budistas, no, es algo de tipo político, es una maniobra de la India, el gobierno soviético de aquella época apoyaba a Sri Lanka y no quería que los norteamericanos pusieran una base militar en Sri Lanka, tierra de demonios. A propósito, los demonios primordiales todavía existen, dijo y se rió. El bus avanza sinuosamente, el tráfico y los vehículos son de tipo inglés, a la derecha en lugar de la izquierda, hay gran cantidad de aves, la más importante es el pavorreal, ave sagrada para los hindúes, el mono también es sagrado, en verdad todo es sagrado, pienso, escucho como un escolar maravillado, hago resúmenes, anoto y anoto en mi libreta de apuntes.

« El rey Rama, verdadero o mítico, es considerado como el séptimo avatar del dios Vishnú » «Ganesh, el dios de la sabiduría y la inteligencia, es hijo de Shiva y Parvati »… El bus perfectamente refrigerado, que transporta a pudientes turistas franceses y un agente secreto, avanza. Sueño. Semisueño. Sopor pese a la refrigeración… De pronto, como entre velos, veo a Hanumán el mono guerrero, el mono rey, el mono gramático, el mono dios, veo al gran admirador de Rama volando por los cielos, da un salto espectacular desde el sur de la India, atraviesa las nubes, aterriza en la isla de los condimentos y las especias, viene en busca de Shita, que ha sido raptada por Ravana… « Ravana, el rey de los demonios del antiguo Sri Lanka, es una divinidad maléfica que tiene diez cabezas y veinte brazos… Entre sus múltiples atributos, Ravana lee el pensamiento y vuela… No se puede medir su fuerza » apunto… Por eso es el rey de los demonios, pienso, que veremos después en el indescriptible templo hinduísta Koneswaran, mil columnas lo sostienen, el dios Shiva preside como un teratológico monstruo celeste, 40 grados centígrados, galos descalzos sobre la arena candente, por eso Ravana aparece pintado en ese templo… « Vibishana el

Espantoso, hermano de Ravana, trata de convencerlo, deja partir a Shita le dice, ¡No sabes con quién te metes, hermano! ¡El rey Rama es un avatar de Vishnú! ¡Es su encarnación! » anoto en mi libreta. Y también: « Vishnú forma parte de la trinidad hindú, junto con Shiva y Brahma »… Mientras apunto esto que ahora estoy escribiendo, mis compatriotas galos bostezan o duermen… O conversan… ¿Escuchan o no? ¿Les interesa o no? clama el guía… Vous avez compris ? ¿Cómo se llama el rey de los demonios? ¡Ravana! grito yo desde el fondo del bus… ¿Dónde se cuenta eso? ¡En el Ramayana! ¡La gesta de Rama! El guía se ríe, enarbola el micro, nos sigue informando, instruyendo, ahora pasamos a la zona seca dice, y no hay sequedad alguna, la vegetación es menos majestuosa, menos exhuberante, menos lujuriante, aquí llueve menos dice, y en esas selvas hay infinidad de serpientes venenosas, es el reino de los ofidios letales (pienso), cobras y víboras mortales, muchas muertes por picadura de sierpe, unos seiscientos o setecientos decesos por año, no hay que olvidar que estamos en una antigua patria de demonios… ¡Tengan cuidado! ¡Todavía existen! ¡Están disfrazados de humanos! dice el culto guía muerto de risa.

Al cabo de dos horas, llegamos a la magnificencia del gran hotel The Kandyan Reach. Entre confundidos y alegres, entre refrigerados y sofocados, bajamos nosotros, los galos, empezamos a derretirnos como helados, nos colocan collares de orquídeas, sonrisas budistas como flores del ser… ¡Ayubowan! ¡Ayubowan! ¡Deliciosos cocteles de frutas! ¡Se abren los palacios de Rama (o de su doble opuesto, la otra cara de la medalla, Ravana)! ¡Ayubowan! ¡Ayubowan! ¡Buenos días! ¡Hola! ¡Qué tal! ¡Bendiciones! Cada vez que algo nos brindan estos seres maravillosos, siento un pellizco en mi corazón de demonio… ¡Bohoma istuti! ¡Muchas gracias! Merci beaucoup! respondo en mi calidad de mejor alumno y agente infiltrado, qué felicidad, qué paz, soy muy sensible a la sonrisa sincera, soy muy sensible a cualquier expresión de humanidad, de nuevo el collar de orquídeas, la generosidad, la bondad, la gentileza, el misterio, la renunciación, la benevolencia, la comprensión, la clemencia, la compasión, la espiritualidad, la divina risa, las rodajas de dulce piña, el jugo de guanábana, el gusto conocido de la papaya emblemática, ¡todo esto se lo debemos al sabio indio Siddharta Gautama! Hay plata de por medio, es cierto, tan cierto como lo que muestro, así lo siento…

Aún hoy, semanas después, escribiendo ésto, nos veo como en una película, estamos atravesando un puentecito rumbo al gran salón, a la derecha y abajo una piscina digna de maharajás, a la izquierda y abajo una mini floresta tropical, pequeña cascada, un estanque con gordos peces anaranjados, de nuevo las flores, la dulzura en el ámbito, la dulzura en la sandía, en los pequeños plátanos que hacen las delicias de los dioses monos… ¡Una fastuosidad del Mahabharata! ¡Una fastuosidad del Ramayana! Y yo, amigos, que en una vida anterior he sido vagabundo y clochard en el sur de las Galias, después de que una divinidad

alteró mi razón sólo por divertirse, para ver qué pasaba, ahora me maravillo con fuerza por el acontecimiento de esta nueva leyenda, aquí, allá, en el mágico Ceylán.

El bus refrigerado avanza, las cobras quedan atrás, las najas quedan atrás, atrás quedan todas las víboras mortales de estos parajes, pero estos suntuosos reptiles sólo se defienden, pienso (por si acaso me palpo los tobillos, Boconcita duerme), tienen miedo o defienden su territorio. « En la zona húmeda y lujuriante » apunto « hay increíbles cocoteros altísimos, altísimos y finísimos » Ahora veo campos de arroz, barro negro ligoso, un techo de doble hoja de hojalata con destellos de topacio, de nuevo los campos de arroz, el azadón brillante y opaco, los campesinos construyendo diques de barro negro que se desmoronan, vastas plantaciones con perfume de piña, los infinitos cocoteros, monos a la derecha jugando en los árboles o en los techos, nos sonríen y se burlan de nosotros los divinos simios, muy pronto el niño que sigue viviendo en mí se maravilla ante la perspectiva de un lento paseo a lomo de elefante, ya llegamos, por fin, después de tantas reencarnaciones, al paradisíaco gran hotel Kassapa, donde, sin que nadie lo sepa, nos recibe el dios Brahma, cada día de su vida dura cuatrocientos millones de años… En los océanos del planeta flota una argolla, cuenta el poeta, cada ciertos millones de años, o de pronto billones, surge una tortuga sagrada y por una conjunción del tiempo, del espacio y de los astros, la emboca… Así, con ese tipo de posibilidades, llegué yo, bueno, llegó mi ilusorio yo actual, a la maravilla del gran hotel Kassapa, no puedo explicarlo de otro modo… Así como llegué después a la maravillosa construcción arquitectónica estilo inglés del gran hotel Suisse en Kandy, un viejo e inmenso hotel como transplantado de Inglaterra a Sri Lanka, muy parecido al gran hotel de la película Shining además, cuyos balcones eran el paraíso de los monos, días después, cuando el gran Gatsby se reencarnó en mí por unos minutos de magia…

Aquí, en el hotel Kassapa de los cielos hinduístas, empiezo a repartir billetes de cien rupias a diestra y siniestra, a todo empleado-dios-demonio que se aproxime, técnica infalible para obtener privilegios, cien rupias esrilankesas por aquí, doscientas por allá, pero solapa, en el gesto de un apretón de manos… Después de la cabalgata a lomo de proboscídeo, cien rupias al conductor del dios elefante, cien rupias a otro que me habla en francés, doscientas rupias al chofer, de nuevo el bus refrigerado, mil platillos deleitosos en este hotel del universo nos esperan, Rama y Ravana observan, uf, ducha fría en la canícula, el resto es para mayores de veintún años con documentos probatorios, Shiva aprueba, ordena un acoplamiento entre la princesa y el león, nuestros hijos serán niños-leones, adolescentes-leonas, hombres-mujeres-leones-leonas, de nuevo la bendición del aire acondiconado, semisueño, sueño, ronquidos ligeros, vamos al chalet de Vincent el marsellés a fumar un tronchito, a libar un whiskicito, después de los acontecimientos en la periferia de una ciudad mágica llamada

Digampathaba, donde después tuve una visión… Por el momento, seguimos bajando de los cielos concéntricos, de nuevo la llegada al gran hotel Kassapa, se avizora a lo lejos la Roca del león, distribución de llaves, distribución de chalets, de nuevo las flores, las piscinas, los jardines, esto parece un viaje de bodas le digo a Boconcita sofocada… y durante el almuerzo le comento mis impresiones en el aeropuerto, la idea que un esrilankés como el aduanero se hace de un escritor, o de un poeta, se maravilló cuando le dije que lo era, que esa era mi profesión, para mí no hay diferencia, me atengo a las definiciones aristotélicas, toda persona que utilice la palabra con fines estéticos es un poeta si se define como tal, en cambio para el aduanero un escritor es un novelista necesariamente célebre, necesariamente famoso, sea quien sea, de modo que me pide que lo incluya en mi próximo libro, libro que será naturalmente vendido en el mundo entero, como los libros de Shyam Selvadurai, de Romesh Gonashera, de V. S. Nailpaul, yo me río ja ja ja, no le digo, yo soy poeta, sólo me conocen mi familia y mis amigos, con esto me basta y sobra, al final para qué más en esta vida pasajera, caballero… ¡Qué maravilla! ¡El poeta es alguien muy considerado, respetado y casi sagradamente admirado! ¿Quién es el poeta viviente más conocido de Sri Lanka, tierra de demonios? le había preguntado al guía, ahora me regocijo de nuevo, el poeta es considerado como alguien verdaderamente importante, todos los poetas del mundo pertenecen a la estirpe de Valmiki, el Primer Poeta, o del mismísimo dios Ganesh, autor del Mahabharata según el dictado de Vyasa, el sabio compilador, todos sin excepción dice el guía, los poetas son una raza del mundo, ¡pero también hay poetas demonios! dice y se ríe.

Los exquisitos potajes, la exquisita, chelas heladas, después rumbo a las confortables espaldas de los elefantes, son elefantes especialmente amaestrados para estos menesteres turísticos, lento paseo a lomo de un descendiente del mamut, los caminos color papaya, los lagos, los nenúfares, las flores de loto, gente bañándose, ardillas, iguanas, lagartos varanos color elefante, una dama simpática nos invita a sentarnos en el porche de su casa, ¡no nos conoce y espontáneamente nos invita!, una extensa y abombada colina de piedra color elefante, parece el dorso de un elefante fabuloso semienterrado allí desde los movimientos tectónicos de entonces, en qué momento me pregunto, en qué momento los mamuts se transforman en elefantes, en qué momento los tigres dientes de sable se transforman en tigres, en qué momento surgen los primeros antropoides ancestrales, me río pensando en ese proceso que ha durado millones y millones de años, la mágica evolución siempre vigente aunque nadie se dé cuenta, los elefantes comen hoja de loto, las hermosas flores, el sabio Siddharta meditando en la famosa posición, las orejas pecosas de la hembra elefante que nos pasea, se llama Shita, ¿Shita?, ¡como la esposa de Rama! Y al final, qué es Rama, en tanto que avatar de Vishnú ¿rey o dios?, en todo caso no es un engendro hierogamático, ¡es un receptáculo directo del dios! anoto mentalmente

cuando estamos en el agua del lago en medio de una profusión de nenúfares, de flores de loto con el dios elefante que juega y se refresca.

Después, en el bar tropical del gran hotel Kassapa Lions Rock, un par de chelas, refrescante sensación de paz, pero yo sigo trabajando: « Averiguar cuáles son las diez encarnaciones de Vishnú » « Hotel Kassapa, como diría Baudelaire, le calme, le luxe, la volupté » « los actos cotidianos son más determinantes y mucho más importantes que las creencias » « La piel azul de Shiva, la piel azul de Rama, la piel azul de Vishnú »… Después, junto a la piscina, me doy cuenta que nadie se baña de noche, no hay reflectores internos que la vuelvan color topacio celeste viviente, pero hay una gran recepción en nuestro honor, cócktails a base de arack, el equivalente del pisco en el mágico Ceylán, una deliciosa bebida espirituosa de coco, parrilladas en el jardín, la diversidad de platillos esrilankeses, luego rumbo hacia las aguas del sueño.

« Allá por el siglo V de la era cristiana –había dicho el guía– empieza esta historia de dos hermanos enemigos, Kassapa y Moggallana. Kassapa es hijo de una concubina, Moggallana es el heredero legítimo, hijo de la esposa del rey, pero es menor. Kassapa organiza un complot y hace asesinar a su padre, toma el control del reino y expulsa a su hermano que se refugia en la India. Antes de ser expulsado del reino por el usurpador, Moggallana le dice a su hermano que algún día volverá para vengar a su padre. Kassapa, su corte y sus ejércitos abandonan la capital y se instalan en Sigiriya. Hace construir una fortaleza en la cima de la Roca del León, y también un palacio. Abajo, hace edificar murallas y aposta guardias día y noche. El rey Kassapa lleva una vida de lujo, de calma, de voluptuosidad, una vida totalmente consagrada a los placeres, rodeado de su esposa y familia, rodeado de mil concubinas, algunas de ellas, las preferidas, inmortalizadas en las paredes de roca (que estamos viendo), las señoritas de Sigiriya. El rey Kassapa vive y se regocija, pero en verdad vive y se regocija intranquilo, piensa en el retorno del hermano, en su amenaza. Al cabo de diesciocho años, Moggallana vuelve de la India con su poderoso ejército, llega a la capital abandonada, se informa, de inmediato se dirige hacia Sigiriya, hacia la Roca del León (donde estamos, escoltados por los dioses monos). Debido a su posición privilegiada, Kassapa ya se cree vencedor. Ha pensado en todo, menos en cómo abastecerse en caso de ser sitiado, lo que ocurre. Al cabo de una semana, obligados por el hambre, Kassapa baja y se rinde. Su hermano lo ejecuta con mano propia, vuelve a instalarse en la capital, y Sigiriya- la Roca del León es abandonada para siempre, hasta el día de hoy ».

Por ahora, bajo un cielo fulgurante apenas maculado por la pereza de las nubes, como debajo de la terrible campana del calor, llegamos a Sigiriya, emprendemos el ascenso hacia la cima de la majestuosa Roca del León… ¡Cuidado con los avispones! nos previene el guía siempre sonriente, ex-alumno de la Sorbona,

nuestro guía-profesor… ¡Silencio! ¡El ruido los excita y vienen al ataque! Según la leyenda, son reencarnaciones de los guardias del rey Kassapa, los guardianes de la ciudadela fortificada… Estamos subiendo por una escalera de caracol metálica, escalera construída por los ingleses, rumbo a los cielos de Sigiriya, de pronto Boconcita tiene un acceso de vértigo, de sofocación, pero seguimos subiendo, por donde uno mire la vegetación circundante es apretada, tupida, lujuriante, se avizoran dos budas blancos, puntos mínimos que sobresalen en la espesura, la Roca del León, las garras del león, el inmenso monolito parece un meteorito caído de algún cielo, unos cincuenta millones de años antes de Cristo por ejemplo, admiramos la belleza de las señoritas de Sigiriya inmortalizadas en la roca por artistas anónimos, seguimos subiendo, con toda certeza las concubinas preferidas del rey Kassapa que tenía mil, tenía mil bellezas, grandes riquezas, un gran ejército con elefantes, mucho poder, ¡pero tenía miedo! ¡No vivía en paz el pobre! Y seguimos subiendo por la escalera construída por los ingleses, uf, qué calor, ya llegamos a las garras del león. Simpáticos monos a diestra y siniestra, en verdad son los dueños del lugar, John el marsellés le toca la cola a uno, el mono responde con un manazo en el brazo, ¡después se pone en posición de boxeador!, otro mono mea sobre un turista desprevenido que buscaba sombra, monos volando entre las ramas y los follajes, turistas chinos quieren fotografiarse junto a la novia africana de Eric el bretón, Boconcita sofocada dice no puedo más, aquí te espero, Jean-François dice yo tampoco subo, bueno, yo voy digo, todos los demás turistas galos, en este instante, estamos subiendo a los cielos, a la cima de la Roca del León, al antiguo palacio fortificado, a los antiguos aposentos, los jardines, las terrazas, las piscinas, los recintos de las concubinas, la jungla abajo a diestra y siniestra, no, mi Rey, no viene nadie, no tema, no viene su hermano, relájese por favor, ¡tranquilo! ¡Tome este jugo de guanábana! Es probable que en ese momento, pensando en los movimientos adversos, en las estrategias guerreras, en los movimientos del propio ejército, allá, en el tablero de abajo, allá, en el mágico Ceylán, el rey Kassapa haya inventado el ajedrez desde su propio cielo, desde su propio infierno, desde la cima de la Roca del León, donde estamos. Aquí, en la cima, caminando sobre las ruinas de la ciudadela fortificada y sobre la pasada gloria del rey Kassapa, pienso en mi propia vanidad, en la vanidad simplemente, en el Eclesiastés de mi vanidosa cultura occidental, de nuevo me río de mí mismo, del éxito, de la fama y de la plata que no tengo.

Ahora, después del descenso tan difícil como el ascenso, de nuevo en el espacio adecuadamente refrigerado del bus, del bus que siempre avanza, el chofer y el ayudante son cremas de persona, siempre de buen humor, siempre amables, se la pasan riendo, de nuevo rumbo a los cielos del hotel Kassapa en cuyos jardines se pasean lagartos varanos, también llamados dragones comodoros, pero pequeños, siempre impresionantes, color elefante, la prehistoria al alcance de la cámara fotográfica, en el hotel del rey Kassapa hay un gran matrimonio budista, veo

como en una película al sabio Siddharta llegando por primera vez al mágico Ceylán, ¿cuándo? La verdad, veo a Siddharta por todos lados, es decir en la amabilidad, en la gentileza, en la suave felicidad que emana de estos seres maravillosos, como la señora que nos invitó a su casa cuando el paseo a lomo de proboscídeo, ¡por todos sitios sigue transitando al sabio Siddharta! –a quien conoceré en carne y hueso durante su propia fiesta en la muy antigua ciudad de Kandy, cuando el insatisfecho engendro occidental que me habita se transformó en el gran Gatsby…

El gran matrimonio budista había empezado a las diez de la mañana, Boconcita y yo nos deslizamos hasta el bar tropical en pos de un par de chelas, luego a la piscina, admiramos el vestuario magnífico, la fastuosidad colorida, las telas, las sedas, la elegancia de los invitados, los futuros esposos parecían un príncipe y una princesa, pero no, ese día no almorzamos en el gran hotel del rey Kassapa, no podíamos interferir con el matrimonio, acá los cingaleses se casan con cingaleses budistas, dirá el guía después, los tamules con tamules hinduístas, los católicos con católicos, los musulmanes con musulmanes, aunque pueden haber excepciones, la opinión del astrólogo es fundamental, y también la del numerólogo, los matrimonios están arreglados por las familias al menos en lo que concierne al budismo y al hinduísmo, según el astrólogo se necesita una hora precisa para la ceremonia, hay matrimonios a las ocho de la mañana, a las diez de la mañana, pero también en la tarde, en la noche o en la madrugada, ¡según la voluntad de los astros! Paralelamente a la astrología y a la numerología, que son ciencias ancestrales antiquísimas, la religión o mejor dicho las cuatro religiones son muy importantes, todos son creyentes y practicantes fervientes, ¡por eso el país están tan atrasado! se queja el guía recordando a Marx…

Ese día, después de la piscina, de nuevo nos encaminamos por los senderos color camote hacia una choza gigante con techo de palma de coco tejida, con mobiliario de madera, un rústico y elegante aposento de adobe y madera, bajo la sofocación, transpirando como galos, sitio elegido para el almuerzo campestre donde fuimos atendidos como los reyes de Occidente gracias a la benevolencia esrilankesa. Ese día, el delicioso guiso de iguana debidamente picante, aparte de los guisos de carne, aparte del chancho, parte de los pescaditos fritos… Compartimos la mesa con Jean-François y Sophie, con Denis y Eliane, Denis el feliz… ¡Es un ejemplo! ¡Siempre sonríe! ¡Parece un pachá satisfecho! A lo lejos, vemos la Roca del León; a lo lejos, la magnificencia de una colina verde semi calva… Impelido por la gula, tres veces repito el exquisito guiso picante, esa carne desconocida que imagino de iguana. Más tarde, la visita del museo y los templos budistas en Polonnaruwa, y el intento de ataque del macaco.

En el museo, mientras apreciábamos reliquias y estatuas, planos y maquetas, fragmentos reconstituídos de la antigua ciudad, el esplendor de los antiguos edificios en la imaginación, piedras y patrimonios, el guía –que luego nos invitará discretamente, a Boconcita y al suscrito, como un honor, que lo era por cierto, a tomar té con leche y a degustar pastelitos esrilankeses en el gran hotel Kassapa– nos contó la leyenda de Ganesh, y también la leyenda de una competencia con su hermano Skanda, relatos que mantuvieron en vilo mi atención de primer alumno. Ganesh no es hijo de Shiva, dijo y, por unos segundos, al menos para mí que considero muy seriamente esto de los dioses, el mundo se modificó ante tal revelación, yo estaba convencido que el dios con cabeza de elefante, cuya presencia sentí una vez en París durante una fiesta hindú era, como Skanda, un fruto de la unión divina entre Shiva y Parvati, pero resulta que no. En realidad, abundan las versiones. Parvati lo habría creado sola, a partir de una arcilla divina, de azafrán divino, de su propia leche materna divina, y de sándalo divino. Lo modeló a su gusto –como Pigmalión a su Galatea en Occidente, no olvidemos que estamos en Oriente, Occidente y Oriente son como los hemisferios izquierdo y derecho del cerebro de la humanidad–, como modelar con maleable ternura esa arcilla, obteniendo por resultado una criatura de belleza sin igual. Durante algún baño o ablución, la diosa le encarga a Ganesh la custodia de la puerta, no quería que nadie, dios o demonio, la interrumpa o moleste. Pero llega el impetuoso, el eternamente ardiente Shiva, quiere entrar, Ganesh se lo impide. La furia transforma al dios en un ser terrible, que convoca a sus demonios. Hay una lucha feroz, Shiva decapita a Ganesh. Parvati se muestra inconsolable. Para complacersla y disculparse, Shiva devuelve la vida a Ganesh, poniéndole la cabeza del primer ser viviente, un elefante, y lo reconoce como a su hijo.

Seguimos avanzando por los pasadizos y salas del museo, hay la estatua de un rey del antiguo reino, de pronto pienso pero todo es polvo ahora, polvo entre polvos, memento homo quia pulvem es pulverem reverteris, todo nace de un polvo y vuelve al polvo, también la memoria es polvo, el río de la vida pasa y pasa cada segundo, o cada milenio, o cada millón de años, igual da, todo es polvo y qué, así es el río de la vida, sino, pregúntemosle al rey Parakrama, o al propio Kassapa, preguntémosle que fue de su fasto ilusorio, sino mejor le preguntamos a los dioses monos que exultan en las ruinas de los templos y de los palacios –aunque Hanumán tiene la respuesta… De pronto, en aquella luminosidad sofocante, en aquel instante, vi a Shiva y su danza cósmica, y el guía sigue contando, busco a Boconcita con los poderes supremos de la mirada, la siento inquieta… Mientras nos derretimos, y como suspendiendo la sofocación, el guía dice: « En esta historia hay un fruto que contiene el néctar del conocimiento y de la inmortalidad… ¡Es un mango cósmico y mágico! Ganesh y su hermano Skanda no cesan de disputarse por éste. La pareja de los divinos padres decide un reto. El primero que le de tres vueltas al universo y

regrese, gana el mango, dice Shiva. De inmediato, Skanda parte montado en su pavorreal. La montura de Ganesh es una rata divina, pero no tan veloz como el pavorreal. Al saberse perdido desde el inicio, Ganesh da siete vueltas alrededor de Shiva y Parvati, diciendo : « Mis padres son la totalidad del mundo. En ellos se encuentra el universo entero… ¡no necesito ir más allá! » Y gana el reto.

En esta aplicada reconstrucción de aquel trópico, allá en el océano Indico, a medida que avanzo surgen detalles, modificaciones o recuerdos frescos como lechugas, como tomates recién frutecidos en la memoria de los elefantes… El amago de ataque pasa en este momento, al salir del museo, algo en mi estado de ánimo, o en el inquieto estado de ánimo de Boconcita ha contrariado a los dioses, pasa en este momento, repito, al salir del museo, al dirigirnos al bus que nos llevará al gran parque de Polonnaruwa y los templos budistas, no al regresar de éstos, como dije al inicio. Ahora sé que de los 27 demonios que asolan a la humanidad, el peor de todos, es el miedo.

¿Hace cuántas noches estamos pernoctando en la magnificencia tropical del gran hotel Kassapa? A propósito, ¿por qué se llama así? ¡Es el nombre del impostor! ¡Del traidor! ¡Del cruel parricida! ¿Por qué no se llama como el virtuoso vengador, como el heredero legítimo, Moggallana? ¿Más allá del bien y el mal? ¡Evidentemente!... Sigo una meticulosa cronología gracias a mis apuntes, pero de pronto esta se altera, va y viene, se enrosca y desenrosca en la narración… En fin… Después de visitar ruinas y ruinas, después de visitar templos y templos, me doy cuenta de que las piedras no me interesan –salvo si son las piedras parlantes de Siria mencionadas por Artaud–, aunque sean representaciones de Siddartha –eso es idolatría, y los ídolos son antropófagos–, me interesa el mensaje que las piedras nos envían desde sus átomos y moléculas. Todo se mueve y todo cambia segundo a segundo, incluso nosotras, el alma de las piedras… Es probable, pienso con tristeza, que no vuelva la mística isla de los grandes acontecimientos… Mientras tanto, nosotros, los pudientes turistas franceses, montados en bicicletas, recorremos la inmensidad del parque, rumbo a los templos… ¡Qué felicidad, Señor Shiva! ¡Qué felicidad, sapientísimo Siddartha! Esa ráfaga de felicidad ahora la cuento… De pronto, mientras mis compatriotas galos se alejan, felices como niños, pedaleando velozmente hacia los templos, una ráfaga de preocupación, ¿dónde está Boconcita?, miro hacia atrás, debe ser la última del pelotón, de pronto bajó a tomar fotos, ¡si los monos la ven sola la raptan!... Ahora surgen monos como de la nada, monos y monos, hermosos monos burlones, hermosos monos sonrientes, pardos, ligeros, ríen y ríen los monos conchesus, están en su reino, los invasores somos nosotros, pero todos ya pasaron, sólo quedo yo, no se apartan cuando avanzo pedaleando y transpirando, de nuevo miro hacia atrás, y en esa fracción de segundo, mientras los sabios dictan a los escribas el Upanishad, mientras Vyasa le dicta a Ganesh el Mahabaratha, mientras el poeta Valmiki lee su composición el Ramayana,

pasa Boconcita como una flecha del Tour de Francia por el flanco izquierdo, también aparece de la nada, encorvada y aerodinámica, yo soy el escudo humano que la protege de un eventual ataque de los ejércitos de Hanumán, esos monos simpáticos, esos monos despreocupados y burlones, que por instinto se dispersan, uf. Cuando al cabo de recias pedaleadas le doy alcance, me parece que Boconcita tiembla. Tranquila le digo ¡son monos! ¡Son nuestra familia! ¡No tengas miedo! Llegamos a uno de los templos. Estamos descalzos frente a las representaciones del Príncipe en la roca. Bonzos con túnicas color azafrán, color mamey, tocan tamborines, cantan haciendo vibrar las cajas toráxicas, ejecutan rituales, y yo todo criticón pienso en el peso de plomo de la tradición, en la milenaria repetición que está en las antípodas de la creación. De regreso al bus refrigerado, el otro guía, que es dicharachero e informal, todo lo contrario del nuestro, serio y profesoral, me ilustra sobre el Vedanta, sobre el Rig Veda, sobre los Upanishad.

Dando manotazos a la canícula –un pequeño pero impresionante lagarto varano, su piel de color prehistórico, en el jardín –volvemos a nuestros regios aposentos en el gran hotel Kassapa, cansancio, sudor, aire acondicionado, ducha con agua fría, Boconcita increíblemente con agua tibia, en la cama ordeno mis apuntes para este cronicón que ya tengo en mente, Veda quiere decir conocimiento, es el conjunto de escritos más antiguos del hinduísmo, se le puede considerar también como el nombre genérico de la literatura brahmánica, los Upanishads forman parte de los Veda, y el Vedanta estudia al brahman, el ser supremo universal… ¡Hindúes magníficos! ¡Madre India de los cielos! ¡Todo esto en la isla de los guepardos y leopardos que no vi! ¡Y la Tierra sigue dando vueltas! Otra noche, nadie aplaude a un músico que canta melodías occidentales para complacernos, después reunión con los muchachos del grupo, los muchachos viajeros de Tailandia, alrededor de la piscina, Boconcita feliz después de una inesperada nube gris en su mente, en verdad Shiva es el dios de dioses, le obedecemos.

Otro día, por fin el mar, por fin el océano… ¡De Sigiriya hacia la luz de Trincomalee! Allá, frente al océano Indico, de nuevo todo me pareció irreal, pero en el buen sentido, fue como un bálsamo. Atravesamos el fuerte Frédéric, construído por los holandeses de algún sitio pretérito. Y en la magnificencia del templo hinduísta Koneswaran, pasando frente al gigantismo de Shiva, nosotros los turistas franceces nos quemamos los pies. Allí, dentro del templo, me acuerdo de la sonrisa satisfecha del viejo flaquito reparando una bicicleta oxidada y vieja con un martillo y un destornillador, me acuerdo de la resonancia de los martillazos, de nuevo su sonrisa como divina, me pareció alguien totalmente contento con el sentido de su vida, aunque ese destino fuera estar en un local inmundo pegándole martillazos a una bicicleta semifosilizada, fue una gran lección, fue un upanishad, fue un himno védico, un vedanta nuevo, de inmediato lo apunto en mi libreta… Ahora nos estamos bañando en aguas

espléndidas e hirvientes como topacios azules disueltos, yo pienso simplemente « me estoy bañando en el océano Indico, carajo »… Eso pasó allá, aquí, en el mágico Ceylán, ahora de nuevo en mi mente… ¡Trincomalee de los cielos y océanos hinduístas!

Estamos en un espectacular hotel cinco estrellas de blancura griega, terrazas, balcones, piscina, un sendero de madera rumbo al mar, palmeras, sombrillas, bar tropical, turistas escandinavas, hotel cuyo nombre no recuerdo, donde el universo parecía haberse organizado para complacernos, degustando una importantísima chela Lion Lager, cuando una súbita ráfaga de felicidad, acompañada de una paz indescriptible, medio me paralizaron. Pero lo guardé en mis recónditos adentros. Soy un agente secreto del Ser y la Nada. Dejemos hablar al océano candente. Dejemos hablar a la candela del viento. Con otros ojos, descubrí a una nueva Boconcita, como inmersa en su propio sosiego. Al cabo de un par de minutos, la sensación empezó a disiparse, si no, ¡de pronto no la cuento! ¡Algo en mí casi explota en Trincomalee! Ya medio repuesto de esta ebriedad, anoto en mi libreta: « el deporte nacional de Sri Lanka, es el cricket » « El viejito flaquito de la bicicleta, el destornillador y el martillo, pertenecía a la casta de los Intocables. Yo también. Yo he sido un Intocable allá en el sur de las Galias, allá en Aix-en-Provence. Yo he sido amigo de Mike, de Djamel, de Yves el Corso, de Jean-Jacques Rousseau que perdió una pierna, de los polacos, de los rumanos, de los húngaros. Yo he sido amigo de Atila de Transilvania. Yo he sido amigo de Abdujaparov. Yo he sido mendigo. Yo he sido ratero de chelas y vodka.Yo he sido un clochard allá, al otro lado de los topacios disueltos de Trincomalee de los cielos » « El dios principal no es Brahma, demasiado abstracto, demasiado vaporoso, el dios principal es Shiva… ¡Shiva en Trincomalee! ¡Shiva! ¡Recibe un saludo del poeta Jorge Nájar, ciudadano benemérito de París con o sin aguacero! »

Anoche de nuevo en otra terraza del Ser, que por comodidad llamaremos Brahma. Contrariamente a ciertos compatriotas galos, galas sobre todo, yo no dejo de maravillarme con la inagotable exquisitez y la super abundancia de la gastronomía local, necesitaría dos o tres cuerpos para saciar mi gula y mi curiosidad, Señor Brahma. El jueves de algun siglo, procedo a mi desayuno tradicional, café, un panecillo, jugo de naranja, jugo de guanábana, trozos de piña y papaya, y ya. Otro día de irrepetibles aventuras que nos brinda el infinito. En cada paso que uno da, abarcamos el infinito, dice el poeta, nada más cierto. Visita a la tienda de seda. Todos los galos estamos ataviados de señores esrilankeses pudientes, el agente secreto como un duende envuelto en seda verde, Boconcita bella dentro de un sari color fucsia, fotos por aquí, fotos por allá. Y el bus perfectamente refrigerado, sigue avanzando por las capas tectónicas de mi mente, allá, en la isla esmeralda donde todavía hay descendientes de portugueses y holandeses.

Por fin, el viernes de otro siglo, día cinco, cuarta y última noche en la magia y el bienestar, ahora inagotables en la memoria, del gran hotel Kassapa, donde todo es eterno. Como desperté medio atolondrado, resbalé y me di tremendo contrasuelazo en la ducha… ¡De milagro no me rompí un hueso! En verdad, cada una de las cuatro mil y una noches que pasamos en el gran hotel Kassapa, fuimos despertados, bueno, fui despertado yo, Boconcita tiene un sueño magistral, por los fervientes cánticos musulmanes de una mezquita vecina, una super mezquita con cúpulas doradas… ¡Un afectuoso saludo aquí para el primo Abdel, por la brevedad simpática de los instantes compartidos! En ese momento, contrasueleado en el piso, pensé en esto de las creencias religiosas, ya sean los tres monoteísmos o religiones abrahámnicas, o incluso el budismo y el hinduísmo tal como los vi –oh, decepción, como si hubieran sido influenciadas por sus jóvenes primas de Medio Oriente y de Occidente–, pensé en el aspecto ritual, teatral y repetitivo de cada una de ellas, que nada tiene que ver con la corriente del río de la vida, que más bien trata de endigar y anquilosar lo que no se puede endigar ni anquilosar, es decir el río de la vida, porque en el río de la vida nada se repite, y cada respiración es distinta de la anterior, y cada gota de agua es creatividad constante, aunque no nos demos cuenta, y si todo se repite también en el río de la vida, ¡todo es nuevo y reciente!… ¡En fin!

Salimos temprano, como cada día, rumbo a una casa esrilnakesa en el campo, bus, luego los famosos tuk tuk intensamente disfrutados por el hijo de Carole, el rubio niño Loüys, paseo por los caminos color lúcuma, carretas jaladas perezozamente por bueyes blancos con jorobas –un saludo a Shiva, siempre–, después paseo en piragua, loto, curry, flores de loto, aroma y sabor de curry, arroz y arroz, dos tipos de delicia de arroz cada día, chelas todos los santos días, caminamos ahora a través del campo rumbo hacia la deliciosa casa esrilankesa de adobe y techo de palmeras, reimos, conversamos, yo quisiera saber el nombre de cada insecto, de cada pájaro, de cada árbol, pasan en sentido contrario compatriotas galos, algunos cara larga, otros sonrientes, otros como indiferentes, todos tienen maravillosos sombreros fabricados con hojas de loto, y yo sigo admirando la sonrisa constante y la constante satisfacción de Denis el feliz, o la sonrisa y la satisfacción de David, ambos tienen esposas maravillosas que los ayudan a mantener la sonrisa de la vida, yo también, somos seres privilegiados, también Daniel, la cucaracha, la cucaracha, ya no puede caminar, y Patrick, y Alain, y Jean-François, y Cédric, y Jean-Marc, y Loïc, todos tenemos compañeras maravillosas y horribles idénticas a nosotros, lo importante es amarse por encima de todo, contra viento y marea, pase lo que pase, así es el río de la vida, el ying y el yang, Dominique está sola, Célestine también pero aunque no quieran están en el río de la vida, y también los jóvenes, Paul-Antoine y Clément, el agente secreto es peruano y poeta, mi otro yo también es francés, vivo arriba arriba en los cielos, en estos cielos de Brahma.

En la casa de adobe y techo de palma, somos recibidos con una gentileza y una amabilidad que destruyen la canícula, de pronto una sensación de frescura, primero el fuego, la leña en el adobe, las marmitas de barro, la simpática mujer con el pilón pilón que machaca y machacha el grano, Jean-Marc participa en la ceremonia, aunque nadie se dé cuenta, eso es, es una recepción ceremonial, no es algo necesariamente turístico, al menos así lo siento, para nosotros, los galos extranjeros. Anónimo en una esquina –como un miembro de la familia que se queda para comer– el sabio Siddartha observa satisfecho. De la nada y de los fogones surgen galletas de arroz con coco, también infusiones con semillas de culantro –muy apreciadas por Hugo, el hijo de Alain–, luego de nuevo la exquisitez en siete marmitas, luego los adioses tal vez para siempre, luego caminata digestiva, luego el paseo en las piraguas y en los cielos abiertos. En ese preciso instante, bogando en las piraguas sobre la oscuridad verde del lago, se me ocurrió la frase que inagura este texto, « por los caminos color corcho, por los caminos color papaya, por los caminos color zapallo del mágico Ceylán », que de inmediato anoté… Ahora de nuevo veo a Denis el feliz bajo su sombrilla color azafrán, sonríe apacible, está en la proa de la piragua, contempla la majestad de los paisajes abiertos, las piraguas siguen bogando impulsadas por remos, aquí y allá surgen pequeños pelícanos, pequeños patos y gallinetas de la fauna local. Solapadamente, yo sigo distribuyendo mi fortuna transformada en rupias, doscientas rupias para el barquero, doscientas para el chofer del tuk tuk, antes doscientas para el conductor de la carreta con los bueyes de Shiva, antes para el conductor de la familia elefante, cien por aquí, cien por allá, con cien rupias basta dice el guía, pero yo prefiero dar doscientas, las tengo dobladitas en el bolsillo, 180 rupias esrilankesas = un euro, de nuevo el bus refrigerado que avanza y avanza, sus ruedas han devorado centenares y centenares de kilómetros, Dominique añora la nieve, mi próximo viaje será a Suecia, a Finlandia o a Canadá dice riendo, otros compatriotas añoran el queso y el salchichón, el vino y las baguettes, están saturados, quisieran un pollo al horno, quisieran un señor biftec apenas chamuscado, no hemos probado gota de vino, sólo chelas y chelas heladas compatibles con el trópico.

En el gran hotel Kassapa, rápida ducha, aire acondicionado en nuestros regios cuartos, luego aquel último almuerzo impregnado con el picante vigor del curry y las especias. A las dos y treinta montamos de nuevo al bus refrigerado, que nuevamente avanza devorando el asfalto hirviente, ahora rumbo al paraíso de los elefantes en el Parque Minneriya… ¡Nuestros queridos paquidermos proboscídeos en su elemento natural! ¡En la selva! Azotados por el calor azul de Shiva, los jeeps de nuestro safari avanzan a veces saltando por los caminos de tierra. Compartimos el jeep con Jean-Marc y Pascale, consumados deportistas, yo comento qué maravilloso ir al encuentro de los elefantes, aunque secretamente el niño que me habita tenía la esperanza de ver de cerca un león,

un tigre, un enorme gato de esos, o de apreciar la majestad de una cobra, aunque sea de lejos. El jeep avanza bamboleándose detrás de los otros jeeps del safari. Poco antes, en el bus refrigerado, el guía, al notar nuestro interés por los leones, dijo simplemente: « Aquí en Sri Lanka, no hay leones. Bueno, antes habían. Una vez una reina se acopló con un león y tuvo hijos mitad león y mitad hombre, ¡de pronto por eso desaparecieron! Y los tigres están en la India. » Surge para el ojo avizor de un guía del safari galo, una manada de elefantes casi invisibles, casi mimetizados con la selva y con el agua del río… ¡Allá! ¡Al otro lado del río! Y mientras vemos a los oscuros y hermosos paquidermos bañarse, yo pienso en el ruiseñor de John Keats, y en un arrebato de imaginación me veo escribiendo ésto en las orejas despigmentadas tirando p'al rosa de otros elefantes, o edificando nuevos verbos en hojas de loto de otra imaginación, y el jeep, siempre dando saltos, avanza en el epicentro del calor, avanza en la selva, hay hermosos monos con máscara negra y pelaje pardo en los árboles, hay multitud de sierpes altamente venenosas, algunas rápidamente mortales, sigilosas, reptantes, ocultas, hay cantos de pájaros del paraíso, pájaros verdes medio fosforescentes, pájaros azules como la electricidad. Y cuando llegamos a las praderas, familias y familias de mi familia elefante, los elefantitos protegidos entre los adultos, Ganesh es un tótem, un tótem es una representación del dios natural, es decir del animal, o un vegetal, en todo caso un protector del clan, un tótem alzado al rango de divinidad, al mismo tiempo busco leones blancos en las nubes, tigres albinos en las nubes, leones y tigres rugiendo en el cielo de Shiva el Celeste.

Las praderas llegan hasta el cielo y el cielo toca el océano. Manadas y manadas de oscuros y divinos elefantes, es decir, de seres naturales, más divinidad para qué. Hay tantos elefantes como vacas allá, en ciertas praderas de las Galias. Fotos, fotos, fotos. Llegan otros safaris con otros turistas. En ese momento, Shiva manda a un joven elefante a acoplarse con una joven hembra, el joven proboscídeo persigue a la jovenzuela paquidermo que, internándose en el bosque, lo llama para celebrar la danza de la vida, porque eso es la vida simplemente… ¡Loor a Shiva por esta visión! ¡Por esta simple constatación! ¡La vida es la vida! ¡Lo demás son variedades de muerte! ¡La muerte! ¡Esa variedad de vida tan rara, como dice el poeta! ¡De modo que todo es vida! ¡La vida es la diosa! Y el dios que nos concierne opera, como ese ardiente joven de mi familia elefante, en la única unión trascendental situada en las antípodas del Palacio Amarillo de los Muertos, como dice el poeta. Uf. ¡Qué visión!

La última noche en el gran hotel Kassapa Lions Rock, estimulado por las virtudes mágicas del arack, de nuevo vi leones, de nuevo vi elefantes, de nuevo vi desfilar, alrededor de la piscina color topacio azul disuelto, la fauna entera del mágico Ceylán. De pronto, las galaxias. Ahora nuestra galaxia. Ahora este punto azul, azul topacio, tierra y agua. Un dí cualquiera de un siglo cualquiera, siento que me arrancan la cabeza de cuajo. Un dios del hinduísmo la puso a remojar en

arack, hasta el día de hoy, esto también pasa en una región de Sri Lanka, en la región de las visiones… Al día siguiente, cuando abandonamos los regios aposentos, tal vez para siempre, nos escribieron MERCI con pétalos de flores sobre las camas tan blancas… Ahora rumbo a la magia y la antigüedad de la ciudad de Kandy, en el bus refrigerado que avanza. Atrás, allá en la selva, allá en las praderas de Minneriya, queda mi familia elefante. Nos detenemos en el meollo de una nueva canícula, nos detenemos en otra transpiración, nos detenemos entre dos respiraciones, estamos en las cavernas rupestres, otro templo en la piedra, otro santuario, otro sistema de templos o santuarios, otro sistema de Siddarthas inmortalizados para siempre en el corazón de la piedra, qué calor, bajo el cielo candente nueve dioses del hinduísmo arrojan nueve sombrillas a Siddartha quien, para no decepcionarlos, se multiplica por nueve, nueve Siddarthas avanzan agradeciendo bajo el cielo implacable de Dambulla…

¿El sendero óctuple de la perfección? La palabra justa, la acción justa, los medios de subsistencia justos, el esfuerzo justo, la atención justa, la concentración, la visión o comprensión justa de las cuatro nobles verdades, el pensamiento o discernimiento justo… ¡Nada más fácil! ¡Eso está al alcance de todos! ¿Las cuatro nobles verdades? me pregunto en la caverna rupestre de otro templo, frente a otros Siddarthas, en cada caverna, en cada santuario, en cada templo los Siddarthas se multiplican hasta el vértigo, uno: Dukkha: la naturaleza de la vida, la dicha y la pena, el carácter impermanente e insubstancial de la vida… ¡la ilusión de la vida que cambia segundo a segundo! dos: el origen de dukkha, el deseo y las pasiones, tres: la cesación de dukkha, la comprensión de todos y cada uno de los procesos, separadamente y en conjunto, la posibilidad para cada quien de llegar al Nirvana o Nibbana, la realidad absoluta al margen de cualquier ilusión, la primera y última realidad, cuatro: Magga, el sendero óctuple que conduce a Nibbana, del cual hablamos líneas arriba… ¡Nada más fácil! Prueba en la vida real. Subimos. Transpiramos. Seguimos transpirando y subiendo. Surgida de la nada, una señora sonriente me regala una ofrenda de flores… ¡para que yo se lo ofrezca a los fragmentos del Buda de mis adentros! ¡Simplemente al Buda de mis adentros! ¡El Buda de piedra es un símbolo! ¡Es un pretexto! ¿Cuánto le debo, señora? Ya no tenía billetes de cien rupias. Sólo billetes de mil, bien dobladitos. No me debe nada, dijo la señora y sonrió. Estuve a punto de darle un billetón, pero detrás venía el grupo de mis compatriotas del bus número dos, encabezados por Loïc de Bretaña. De nuevo agradecí, sonreí, de nuevo la señora sonrió… « la gentileza, la solidaridad, la compasión, la felicidad », me seguía repitiendo yo en mi calidad de mejor alumno, eso dijo el guía, eran las consignas de la patria budista de Sri Lanka, cuando llegó el Dichoso a la tierra de demonios, estos salieron espantados huyendo, lo propio de los demonios es no tolerar el menor asomo de felicidad, lo propio de los demonios es propagar la desgracia, la confusión, la separación, el conflicto, la enfermedad física, la enfermedad mental y la muerte, los demonios salieron

espantados a refugiarse en otros cuerpos y otras mentes cuando llegó Siddharta a estos pagos, la gentileza, la solidaridad, la compasión, la felicidad como esa que me invadió en ese instante, hoy, aquí, allá. En ese momento veo al guía abanicándose con un folleto, bajo la campana ígnea de Dambulla, no corre la menor brisa, todo es sofocación, llueve plomo fundido a baldazos, una sombrilla me cae de los cielos, si no, no lo cuento… La gentileza, la solidaridad, la compasión, la felicidad digo y el guía, propenso a la cultura de Occidente, se ríe. « ¿El óctuple sendero? ¡Eso está al alcance de cualquiera! ¡Sinceramente de cualquiera! ¡Aunque sea durante segundos! ¡Acabo de comprobarlo! ¡La gentileza! ¡La solidaridad! ¡La compasión! ¡La felicidad! ¡La risa! ¡La amabilidad! ¡El óctuple sendero! » « ¿Y usted todavía piensa en eso? » me dice el guía que ha estudiado en la Sorbona, y me lo dice con cierta suficiencia, con un tonito irónico, como si no fuera importante, eso dice secándose el sudor. « Todo lo que concierne al Buda, sólo el Buda puede lograrlo », dice enfático, y me parece que no se da cuenta que me habla en presente. « De pronto el Buda es tan real como usted y yo en este preciso momento, de pronto el Buda es una manera de convivir armoniosamente con nuestros semejantes del reino animal, del reino vegetal y del reino mineral, de pronto el Buda es nuestra relación ideal con el universo » digo, necio y también enfático « y todo lo realizado por él, ¡cualquiera puede lograrlo! ¡Nada más fácil! ¡Y todo gratis! Fíjese, mi estimado, Kaya. La gentileza, la solidaridad, la compasión, la felicidad. Son consignas cien por ciento budistas. Se puede decir que son reglas de vida. Me parece evidente que todo eso es gratis, o que implica la gratuidad, como la ofrenda de flores que una señora me regaló abajo, ¡cualquiera puede hacerlo! » « ¡Ah! medio se rió el guía « ¡usted es un intelectual! » « No soy un intelectual y los dioses del hinduísmo me libren de ser un literato » dije modificando la cita del maestro Sábato (« No soy un intelectual y Dios me libre de ser un literato ») « simplemente acabo de darme cuenta que lo mejor que puede brindar el ser humano, es gratis; lo que se obtiene gratis y, sobre todo, lo que se da gratis. Si la vida es gratis, ¿cómo todo lo demás no puede serlo? » El guía Kaya se rió, como dicen o decían las Selecciones del Reader's Digest, a mandíbula batiente. Ese tipo de conversaciones ocurrían allá, por esas tierras tan impregnadas de milenios y milenios.

¡El gran hotel Kassapa Lions Rock! ¡Inolvidable por siempre! ¡Digampathaha, Kimbissa, Sri Lanka! Cuando haya aprendido, como los monjes tibetanos del Bardo Thodol, a dirigir mi espíritu hacia una pareja en ejercicio de amor y reproducción, o hacia un determinado individuo, joven de preferencia, para una nueva reeencarnación, ¡volveré al hotel Kassapa! No sé si la reencarnación hacia atrás es posible, pero si lo es y la aprendo, ¡volveré al hotel Kassapa con Moggallana! Ahora siento a este super hotel como una entidad totalmente fuera del tiempo, pero como incrustada en mí. Al salir de la esfera encantada, los días y las horas se acortan vertiginosamente, como extirpadas a la sensación de no-

tiempo. Es una prolongación de mí, del país que soy, del continente que soy, del planeta que soy –y que somos todos, por cierto, aunque no nos demos cuenta– que necesito sustituir. Pero nada se puede sustituir, pienso con cautela. En realidad, todo es nuevo a cada instante. Sentado al lado de Boconcita que cabeceaba, vi rápido, como en un flash, o en una diversidad de flashes, nuestro descenso de los templos de Dambulla, siempre acosados por los chistosos monos pedigüeños, a uno le doy un caramelo, lo coje con su manito, parece un niño viejito el monito, bajamos por escaleras de piedra, luego por escaleras de cemento, siempre que visitamos un templo, un santuario, ya sea budista, ya sea hinduísta, hay que hacerlo descalzos, y las mujeres no deben mostrar la piernas, es una regla, recuperamos nuestro calzado, bajamos hacia el gigantismo de una estatua dorada, un Buda dorado verdaderamente inmenso, veo grandes bolsas negras que cuelgan colgadas de sus flancos, ¡son los temibles avispones guardianes! ¡La reencarnación de los guardianes en los avispones! ¡Pero felizmente ninguno aparece! Allá, en una pradera de cemento, nos esperan los buses número uno y dos. Y al cabo de dos horas –por así decirlo–, los entes mecánicos perfectamente refrigerados entran triunfales a la muy antigua ciudad de Kandy, se dirigen directamente hacia una nueva magnificencia, la del hotel Suisse, 30 Sangaraya Nawatha, otro encanto fuera del tiempo.

¡El gran hotel Suisse! Esta inmensa mole colonial, ambiente de lujo, hotel estilizado por donde se le vea, parece un hotel inglés de comienzos de siglo, pero un hotel en las colonias, un hotel para recibir ingleses, piscina interior, piscina exterior, super bar, gran restaurante, grandes salones, amplios corredores, y me hizo pensar de inmediato en el hotel de la película El Resplandor, Shining, con Jack Nicholson… ¡Maravilloso personal! De todas maneras, yo tenía preparados mis billetes dobladitos, aptos a la distribución, llegan los rooms, recogen las maletas, uf, qué calor, nos reciben con jugos y refrescos, el hotel Suisse es un gran hotel cinco estrellas para millonarios franceses de mi clase… Suavemente, nos instalamos en el lujo, en la calma, en la voluptuosidad. Pronto, poco a poco caen los velos de la noche. Pronto – mañana mismo–, el atleta Jean-Marc y los muchachos irán a dar una vuelta, o dos, o tres, al lago de Kandy, suscitando el asombro de los autóctonos. Pronto, apenas después de la bendición de la ducha, contemplando el amplio jardín, la piscina topacio y los árboles abajo, como un señor en el balcón, acodado a la baranda de éste, con la ciudad tropical al frente y a mis pies, creo sentir lo que sintió el gran Gatsby, o sea el propio Scott Fitzgerald en su famosa novela. Lucecitas amarillas, verdes, rojas, azules en las colinas oscuras como salpimentadas de residencias. Una hermosa cama para gigantes, la hélice de un ventilador colonial medio asmático, el aire acondicionado a 22 grados centígrados, un pequeño frigider con chelas Lion Lager y refrescos, una compañera lista para la única ceremonia verdaderamente trascendental de todos

los tiempos, ¡qué más pide el pueblo! pienso antes de tirarme al ruedo de la vida, a su esencia.

Kandy es el epicentro del budismo en la isla resplandeciente. ¿En qué momento príncipe Siddartha se transforma en el Buda, en el Despierto, en el Iluminado, en el que ve la Realidad tal cual es? Yo prefiero seguir llamándolo Siddartha, con familiaridad, como si fuera un amigo que no he visto hace milenios, como en la hermosa novela de Hermann Hesse. Sinceramente, me parece que a los grandes maestros de espiritualidad, lo mejor es tratarlos con una familiaridad total, con una proximidad total, con una confianza total, porque según la cultura de cada quien, cada uno de ellos corresponde como a una esencia común, ellos son nosotros, nosotros somos ellos, y si no, pues mejor no serlo, queda el consuelo de la superstición, de la tradición de plomo, de la repetición, e incluso de la literatura. En la muy antigua ciudad de Kandy me di cuenta de esto que cuento.

Aquí, en Kandy, se encuentra el templo (Dalada Maligawa o Udawata Kele) donde se conserva como una reliquia sacra una muela o un diente del Buda –todavía no se sabe si es un molar, un incisivo o un canino del hombre–, templo y sistema de templos que visitaremos mañana durante su fiesta. En lo que nos concierne, todo lo referente a las reliquias o a la idolatría, no nos interesa, es un atraso en nuestro ascenso a nuevas esferas, a las grandes esferas de adentro… Dos maravillosas noches como de las Mil y una noches nos quedamos en otra esfera resplandeciente, en la esfera del gran Hotel Suisse, pero bueno, maravillosas ni tanto, era por la prohibición concerniente al trago, ¿y ahora?, Vincent y los muchachos me informan que son los días sagrados de la « poya », una de las fiestas consagradas a Siddartha, durante dos días en la ciudad no se consume trago, cero trago en Kandy… ¡Siddartha Gautama! ¡Príncipe de Príncipes! ¡Nunca me hagas esto! En realidad, no hay problema, los mini frigos tienen combustible para nosotros, los turistas de la Tierra. Además, los precavidos muchachos poseen una botella de arack y una de whisky, que compartimos en el balcón, aquí, en el balcón del gran Gatsby, que en una vida reciente andaba con príncipes húngaros y rumanos, con príncipes checos y polacos, con príncipes galos, sus semejantes vagabundos allá, en el sur de las Galias… ¡Un afectuoso saludo para Mike, ahora en cana! ¡Un afectuoso saludo para Atila de Transilvania!... Por ahora, apenas terminando la cena, antes de subir al balcón de gran señor, el gran Gatsby de barriada sube con su amada a los regios y coloniales aposentos, un atento empleado nos advierte que siempre debemos cerrar las ventanas por la mañana, sino los dioses monos entran y hacen una fiesta… Por ahora, dos horas atrás, el gran Gatsby estaba acodado –como el verdadero gran Gatsby de la ficción– a la barra de caoba y metal del super bar colonial, anotando lo esto y lo otro, degustando una chela, esperando el mini concierto para turistas de Occidente, luego la variada y exquisita cena, buffet libre, entrada, arroces y guarniciones, plato principal, postres de colores

inauditos, naranja, turqueza, violeta, amarillo, rojo, celeste, verde, uno se sirve cuantas veces quiera, el personal sólo se ocupa de retirar los platos y de servir las bebidas, ahora el gran Gatsby, satisfecho, duerme.

Al despertar, ¡monos en el balcón! ¡Monos traviesos, sonrientes! El macho dominante, acostado en la mesita del whisky, el arack y las chelas ahora limpia, se hace sacar las pulgas por sus hembritas –o por su descendencia. Boconcita les toma fotos desde varios ángulos. Un monito mete su manito juguetona entre la puerta de vidrio del balcón y un resquicio mínimo, jala y jala, trata de abrirla, el gran Gatsby abre la puerta, distribuye, para felicidad y alboroto de sus hermanos monos, los exquisitos platanitos que, anoche, hemos guardado para ellos, los inteligentes monos con caras de viejito… Al despertar, ducha helada para mí, he dormido verdaderamente bien, sin interrupción, caminamos ahora por los regios pasadizos del gran hotel Suisse, cuando alguien me reconoce… ¡Por fin! ¡Al cabo de tanto tiempo!... Es el pata que recoge las sábanas… Good morning, Sir ! Good morning, my dear! respondo súbitamente transformado en Sir de Perú campeón, aunque lo ignore el personal, aunque ese insólito saludo sea una fórmula de cortesía reservada a los efímeros y pudientes habitantes del gran hotel Suisse, en una ciudad llamada Kandy, allá, en el mágico Ceylán que hoy trato de revivir.

Aquel sábado, mientras la tortuga de los océanos embocaba el anillo a la deriva flotando hace millones de años, pese a la canela, pese a la nuez moscada, pese a la pimienta, pese al curry, pese al gengibre, pese al ají, pese a la cardamona, pese al clavo de olor y otras deliciosas especias locales, pese a la demostración y degustación del curry, mi hembrita parecía de mal humor, de modo que me hice el cojudo. Ella venía por los condimentos, pero apareció un demonio muy comercial, nos propuso todos los aceites, todos los ungüentos, todas las cremas y todos los productos mágicos para curar todos los males de la Tierra, y también para obtener la juventud eterna que nadie necesita. Nuevo almuerzo campestre bajo un cielo radiante, aunque salpicado de nubes. De nuevo el adobe, la madera, la palma de coco tejida a modo de techo. Después del rico almuerzo, por la tardecita, de regreso a Kandy, paseo en tuk tuk por sitios estratégicos de la ciudad milenaria, y yo reparte que reparte, cien por aquí, doscientas rupias por allá, siempre solapa, la sonrisa de los beneficiarios es otra magia, ¡no hay taxis! ¡Sólo motos taxi tuk tuk! Por la noche, después de la cena, el gran Gatsby le da un mini discurso a su hembrita, es preciso una ración de felicidad cotidiana, mi amor, no es algo que se logra, no es un objetivo a realizar, ¡es algo de todos los días! ¡Los grandes momentos están en los intersticios de cada día que pasa! ¡En cada hora! ¡En cada minuto! ¡En cada segundo! ¡Y también los infiernos!... Discurriendo de tal modo, Gatsby ya empieza a ponerse pesado, hay frotes de piedra pedernal, cuando felizmente llegan los muchachos armados de arack, armados de whisky, armados de material fumatélico, yo armado de chelas,

estamos en el balcón, risas, conversación, calma, se disuelven las cremas y los productos mágicos ayurvédicos que un demonio quiso vendernos para lograr la inmortalidad, y que quiso vendernos a todos, en el jardín de los condimentos y las especias, ahora una presencia de oscuros topacios, de nuevo la conversación, el trago, el humo, la risa, à demain !

Al día siguiente, avanzamos junto al lago rumbo al templo, o mejor dicho al sistema de templos, al sistema de santuarios donde se celebra la gran fiesta, una de las más grandes fiestas del Despierto, del Dichoso, del Atento, del que se dio cuenta de la gran ilusión, del que despertó del sueño, del que vio la realidad tal cual es, avanzamos, avanzamos, allá en el santuario principal hay un cofre de madera preciosa donde se conserva la reliquia de un diente –o de una muelita–, qué cojudez, pienso algo decepcionado, de dónde viene esa manía de sacralizar, de endiosar, de idolatrar, en verdad todo se desplaza en el río de la vida, pero sigo caminando junto al lago, sigo observando los enormes murciélagos que cuelgan como bolsas negras de los árboles, y peces en el lago, y cuervos, y patos, esto anoto de inmediato: Hacia el diente del Buda / Murciélagos y peces / Cuervos y patos / La sabiduría y el conocimiento perfectos / Cielo de topacio… ¿La poya? ¿Qué es la poya? El guía explica que poya quiere decir luna llena, es un día que corresponde a un acontecimiento en la vida del Buda –y yo sigo anotando en mi libreta mientras avanzo–, esta poya de mayo se llama vesak y corresponde, simultáneamente, al nacimiento, al despertar y a la muerte del Dichoso, es la fiesta budista más importante de esta tierra donde antes no habían humanos sino demonios ja ja ja ¡y todavía hay! ¡Ahora los demonios pueblan el planeta entero! Ja ja ja, cierran los comercios budistas, sólo están abiertos los comercios hinduístas, no se toma alcohol ni se come carne ¡es el alimento preferido de los demonios!... Llegamos como impulsados por la risa del guía, nos descalzamos, entramos al sistema de templos, hay miles y miles de fieles, todos vestidos de blanco, blanco lino, seda blanca, blanco algodón, todos menos nosotros los despreocupados turistas galos, marea blanca de gente morena, marea que sube y baja, que entra y que sale, que avanza y retrocede, hay tamborines, música, plegarias, ritos, cánticos, olor a incienso, somos tragados por la marea humana vestida de blanco… Después de visitar sitios de culto – menos el inaccesible Diente del Buda–, explanadas y patios, recogemos nuestros pasos para no perdernos en el laberinto, para volver a salir por donde entramos, vamos contra la marea humana, contra su poderosa corriente, Boconcita de pronto agorafóbica, Vincent nos salva, nos abre paso, logramos salir, uf.

Al regresar del sistema de santuarios y templos, brusca deshidratación, agua mineral y una chela, un rico almuerzo en un restaurante turístico del centro de Kandy, la intensidad y la música de una lluvia tropical, los dioses hinduístas abren las esclusas de los cielos… En ese momento, viene como un fulgor el recuerdo de ayer, antes de ir al Jardín de las especias y los condimentos, un

flash-back… ¡Monos en el balcón! Boconcita me ha regalado un cuaderno de notas con tapas de corcho, para que escriba estas impresiones, o para que escriba o anote simplemente, ella se baña bajo la cascada de la ducha colonial, yo destapo una chela, me siento junto a la cama nupcial, en una silla inglesa colonial frente a una mesita, allí coloco el cuaderno, ¡Monos en el balcón!, saco mi lapicero, calma de nirvana, monos en el balcón, al frente las colinas, abajo la muy antigua y secreta ciudad de Kandy, es el primer momento del que dispongo para escribir, pero es un momento de magia aquí en el cuarto 252 del gran hotel Suisse, tan bien me siento, tan apto al arte de la escritura, tan apto al arte simplemente, ese que a veces se manifiesta por las cinco puertas de los sentidos, el tacto de las tapas de corcho, el sabor de la chela, la visión de los alegres monos en el balcón, sus chillidos pardos provenientes de Natura, un suave olor de platanitos mezclado al aire acondicionado, me acuerdo de pronto de un pasaje en cierto libro de Carlos Castañeda, hay un lugar preciso para todo, hay un lugar donde se desarrollan los fenómenos espontáneamente, hay un lugar donde la creación tiene lugar como la respiración, pues bien, ese lugar es este cuarto…¡Monos en el balcón! del gran hotel del gran Gatsby…

Esto recuerdo con minucia, en ese momento tan especial pienso detenidamente de nuevo en el bus refrigerado que se dirige hacia un sitio turístico estratégico, el gran taller y la gran joyería de piedras preciosas, donde Vincent compró unos aretes para su hijita, gesto que me enterneció, por eso lo cuento… No compramos záfiros, no compramos rubíes, no compramos topacios, sólo compramos turmalinas, ojo de gato, alexandrita y otras piedras semi preciosas, a precios realmente baratos… Después de escuchar la increíble presentación-disertación, en francés personal, de un genio esrilankés, sobre el proceso completo, desde la extracción, la selección, el pulido, el corte en facetas y la venta de todas las piedras preciosas y semi preciosas, diamantes no sé si hay, esmeraldas no sé si hay, amatistas me parece que hay, entendí que en esta vida pasajera, sinceramente, todo es posible para un ser humano cualquiera, de pronto todos somos genios y no nos damos cuenta, pensé, todo es posible, como disertar, exponer y convencer sobre lo que arriba cuento. Ese mago verbal nos sedujo con su idiolecto inventado. Después, Abdel lo imitó con gracia mientras volvíamos a la muy adecuada refrigeración del bus. La piedra preciosa que más me gusta, es el topacio azul. Azul topacio. Piscina de topacio. Cielo de topacio. Mar de topacio… Por la noche, de nuevo con los muchachos en el balcón, de nuevo protegidos por la noche y por las estrellas, asistimos maravillados al vuelo ciego de los murciélagos gigantes, había uno que daba vueltas y vueltas, Boconcita trató de fotografiarlo, abajo, allá, en las avenidas luminosas, se oían cantos de niños en honor a Siddartha, abajo, allá, en las calles de Kandy, desfilaban elefantes vestidos de gala en honor a Siddartha, guirlandas, lamparines de papel, música y cantos, hasta tarde cantaron los niños, buenas noches muchachos, à demain !

Al día siguiente, como inagurando una nueva existencia, partimos de Kandy hacia las alturas del té, hacia las alturas de las cascadas y las piedras. Primero, en trencito, de Kandy hacia la estación de Gampola, donde nos esperaba el bus refrigerado para llevarnos a los cielos, de Gampola hacia Nuwaraeliya –visita a las vastísimas plantaciones de té–, luego hacia las alturas de otros cielos, los cielos de Bandarawala. « Felizmente para los ingleses en especial, y para el mundo entero en general, que hasta aquí llegaron, al universo del té » pensé… El trencito, construído por los ingleses, avanza traqueteando. Converso con Denis de Tours, Denis el feliz, el satisfecho, el sonriente. Sube un monje budista con el clásico atuendo color azafrán, es muy serio, yo me los imaginaba sonrientes como el Dalai Lama, siempre sonrientes, siempre serenos, pero no, Boconcita tiene razón, los monjes que hemos visto acá no sonríen, se les puede imputar eso como un terrible defecto en la vía de la espiritualidad, los monjes de Tailandia sí sonríen, dice, y yo me río… ¡De pronto el joven monje sonríe! Agradece porque le hemos cedido su asiento, aunque en verdad no hemos cedido nada, es la ley, está escrito en las paredes del trencito, obviamente en inglés, « sitio reservado a los inválidos » « sitio reservado al clero », yo pienso que se trataba del otro clero, pero el monje se sienta y dice: « Bohoma istouti ». Sigo conversando con Denis. ¿Dónde naciste? En Tours, dice y yo exclamo ¡Ah! ¡La ciudad de Tours! ¡Tours! ¡Allí nació Pierre de Ronsard! ¡Allí nació Honoré de Balzac! Así es, dice Denis con sonrisa budista, y Descartes, y Rabelais, me informa. Por la ventana, veo las casas frente a la vía férrea, las casas en la verde masa de las colinas, algunas construcciones a medio hacer, flores amarillas, flores anaranjadas, flamboyanes de vivas flores rojas. Luego, de nuevo en la refrigeración incontaminada del bus, empezamos la subida hacia las alturas de Bandarawala, pasamos frente a un hermoso templo hinduísta medio anaranjado, y medio tragado por la floresta tropical, « allí, en ese palacio, Ravana el rey de los demonios tuvo a Shita en cautiverio », dice el culto guía que mucho sabe del Ramayana, del Mahabarata, del Bhagavad-Gita, del Ananga Ranga, del Kama Sutra, de los Upanishads y otras maravillas que, con la excepción del Kama Sutra, sólo conozco de nombre, « Rama la buscaba por cielo y tierra, había envíado a Hanumán, por eso Ravana la escondió allí, en ese palacio ahora santuario anaranjado ». Y seguimos subiendo.

La víspera, en el Kandyan Culturel Center, asistimos a un bello y sorprendente espectáculo de danzas tradicionales, qué digo, super ancestrales, venidas de la noche de los tiempos del folklor hinduísta, rituales, invocaciones, pases mágicos, divinidades, acrobacias, tambores y tamborines, la danza del pavorreal, la danza de la cosecha, vestimenta magnífica, todo parecía apto al vuelo, de nuevo tambores y tamborines pero ahora en homenaje al sabio Siddartha, y la increíble marcha del fuego, donde los danzarines en estado de transe caminan indemnes sobre un lecho de brasas, « es una danza que viene de los tiempos del

Ramayana », había dicho el guía, « hay dos versiones, en la primera Rama sospecha de la fidelidad de Shita durante su estadía en el fastuoso palacio de Ravana, el rey de los demonios. En la segunda, el propio Ravana le reprocha su falta de virginidad. En cualquier caso, Shita, ya sea para probar su fidelidad, ya sea para probar su virginidad, camina descalza como esos danzarines en transe, sin sentir dolor, sin quemarse, sobre un lecho de brasas. Para ejecutar con éxito esta proeza es necesario invocar a dos diosas hinduístas, la diosa Kataragama y la diosa Pattini. »

Por las ventanas del bus refrigerado, somos rápidos, fugaces testigos de un entierro que ya quedó muy atrás, como inmovilizado en este recuerdo. « Todos están vestidos de blanco, como los fieles budistas en las fiestas importantes, la poya por ejemplo, porque el blanco es un color que repele a los demonios », dice el guía Kaya, « también es necesario arrojar arroz frito en aceite de coco, es un alimento que enloquece de placer a los demonios », agrega y ríe. Subimos y subimos, el clima cambia, aparece la vastedad de las plantaciones de té, « las que trabajan son las mujeres, ellas cosechan el té », dice el guía, « trabajan con horarios de esclavitud y sueldos de miseria. » Hay muchos perros en los bordes de la pista, seguimos subiendo, visitamos una gran fábrica de té en las alturas, después almorzamos junto a una cascada en las alturas, al anochecer llegamos a una nueva magnificencia: el Orient Hotel, establecimiento de cuatro estrellas que para mí son una galaxia, en Dhamapala Mavatha, Bandarewala, donde Boconcita y yo, gracias a la complicidad del guía Ruwan del bus número dos, el que me habló de los Upanishads y el Vedanta, ocuparemos, sólo por una noche, una super suite nupcial, cama con dosel, cortinas de encaje, mosquitero, cojines envueltos con tela de seda, una tina-mini piscina con jacuzzi, mini frigider bien surtido, mini bar tropical, espejos, una super suite que nunca olvidaré, allá en Bandarewala, allá, en el mágico Ceylán.

Si digo el mágico Ceylán, es por la idea de la magia que tengo, y que es muy diferente de la ilusión, de la prestidigitación, de lo inaudito visual, del alto vuelo y otras altas estratagemas de ese gran arte, que supera a la poesía, por cierto. Para mí, la magia está en lo real cotidiano, y también eso que llamamos las coincidencias. Supongamos ese verso de Rabindranath Tagore, por ejemplo, « en cada paso que uno da, abarcamos el infinito », que coincide con estos especiales momentos. ¿Cuántos notables poetas han habido en la India y en Sri Lanka, en el mundo, en nuestro sistema solar y el la Vía Láctea después del cósmico Rabindranath? ¡Antonin Artaud! « Toda poesía verdadera es cósmica. » En realidad, el poeta individual no importa, pienso. Bueno, por pura coincidencia, y como consecuencia de hallarse nuestro lado del Orient Hotel hacia una mezquita –las cúpulas idénticas a los turbantes de Solimán–, estaba yo pensando en el gran imperio árabe de la gran época, en los inmensos poetas de la gran época, Omar Khayyam, Abu Nawés, pensaba en Ibn Arabi, me imaginaba

en Bagdad, en el Cairo, en Córdoba y Andalucía Al Andalus de la gran época, me acordaba de la maravilla inagotable de Las Mil y una noches, de Averroes el traductor de Aristóteles que permitió a Occidente el contacto con la cultura griega, así andaba divagando al entrar en el restaurante del gran Orient Hotel, cuando Abdel y su compañera, musulmanes, nos invitan a sentarnos junto a ellos en la larga mesa, él con su refresco, yo con mi chela, las chicas con su Coca-Cola, y algo le hablé de lo que andaba pensando, no de las creencias religiosas sino del esplendor y la gloria del gran imperio árabe de la gran época… Dijo Abdel, encantado de nuestra breve conversación, que, más tarde, a la hora de la plegaria, irían a la mezquita, cosa que hicieron. Podíamos ver las cúpulas doradas de la mezquita por los visillos de la ventana de nuestra gran recámara nupcial.

Dos estadías efímeras y eternas como una noche cualquiera tuvimos allá, en el sistema de los grandes hoteles, todos inolvidables en su particularidad, en su idea del lujo, en su concepción de una máxima calidad de vida, la primera aquí en el gran Orient Hotel, la otra en el Coco Royal Beach, mañana, allá en Kalutara, la víspera de nuestro retorno a las Galias. Como en la decantación de ciertos líquidos, en lugar de desecharlos, recojo estos sedimentos memoriales para alimentarme y escribir esto… Veo, con esta filmadora selectiva, una esquina tropical, pero del trópico de allá, con el aire y los olores de allá, el pasadizo junto a los árboles tupidos, junto a los maceteros con flores lujuriosas, y una mesa de madera donde Vincent, Eric y el escriba, entre bromas y conversación, ya medio nostálgicos de los productos de Francia, pan, queso, vino, charcutería, pollos al horno y bifes sangrientos, tripas a la marsellesa, tripas a la moda de Caen, le dimos jaque mate a otros cúpricos sedimentos, los del whisky y del arack, de los que no queda sino este recuerdo… Muy pronto teníamos que volver a Francia, hacia otra forma de la realidad, esa que tiene, como el mundo, nuestra cara, nuestro cuerpo y nuestra mente. Partimos después del desayuno, ahora rumbo a Kalutara y a la última magnificencia, el gran hotel Coco Royal Beach, de cinco rutilantes estrellas, dos mirando hacia el océano candente, tres hacia la vía férrea.

El Coco Royal Beach, inmensamente ventilado, nos recibió con los ya clásicos cócktails de bienvenida a los clientes occidentales, pudientes. Un hall digno de gigantes, venteado por los candentes vientos que parecían venir del océano allí enfrente, el hall como agujereado en diversos sitios por potentísimos ventiladores externos. Nuestro guías, Kaya del bus número uno, serio y profesoral, y Ruwan, del bus número dos, relajado e informal como antípoda del nuestro, ambos cultísimos, anudaron a nuestras muñecas brazaletes verde fosforescente, gracias a los cuales teníamos carta libre y podíamos consumir todos los cócktails, todos los whiskys, todos los vodkas, todos los aracks y todas la cervezas que quisiéramos, a partir de las diez de la mañana. « Ahora sí pueden

emborracharse como los esrilankeses, si quieren, un esrilankés no puede abrir una botella de arack sin bebérsela toda », dijo el guía medio riendo, « ¡Es la despedida! ¡Mañana tipo tres nos vamos a Colombo! » Apenas instalados en un super cuarto muy amplio y con balcón –abajo el gran jardín podado por expertos peluqueros cingaleses, las palmeras perezozas y sensuales, más allá la piscina, más allá el mar –por instinto quise ir hacia él, o hacia ella, hacia la mar o hacia el océano, el mar, la mar, vamos le digo a Boconcita, ¡vamos a bañarnos en la mar océano! Hacia ella, hacia él salimos, apenas munidos de una toalla, la mar estaba super movida, el océano furioso, olas y corrientes, hay que zambullirse bajo la ola y salir por el otro lado, sino la ola te traga y te contrasuelea. Bandera roja de peligro y advertencia en consecuencia. No hay nadie en la playa, pero yo quiero bañarme, nada en mí presiente peligro… ¡Ah! ¡Boconcita! ¡Si supieras! ¡Si conocieras la mar movida de Besique! ¡El mar de la infancia! ¡El mar de la pubertad! ¡Esa playa de Besique después del túnel! ¡Entre el túnel y el muelle que ya no existe! ¡Y la otra playa! ¡Esa detrás del cerro! ¡A la izquierda del cerro! ¡Olas estilo Hawai! ¡La tabla hawaiana es el cuerpo!... Esto recuerdo y seguimos nuestra larga caminata por la playa, cada quien en su mundo, ella no se baña ni loca, yo estoy que me aviento, aunque para no asustarla me retengo. Boconcita cree que si me aviento me traga la mar océano. Caminamos y caminamos en silencio, cada quien es su fragmento de universo. Nuestros pies del inico de los tiempos hollan la arena medio maculada de grisuras y desperdicios peligrosos… ¡Cuidado Boconcita! le grito ¡Cuidado con ese vidrio! Caminando y caminando, y rechazando amablemente a los masajistas ayurvédicos que vienen a ofrecer servicios, avistamos a un grupo de europeos que se meten en la mar océano… ¿Ya ves? le digo ¿Ya ves? ¡No tengas miedo! ¡Además hay un salvavidas! ¡Yo me meto! dije, la dejé medio consternada en la playa, y me metí como meterme al mar de Besique de aquellos tiempos… Di dos pasos y bruscamente me hundí, no había piso, eso no es nada, pero al sacar la cresta, un puñetazo de ola casi me noquea. Escuché el silbido de un pito resonando en la distancia. Con la punta del ojo izquierdo me di cuenta que ya nadie se bañaba, ¿se acercaba un tifón, un tornado, un huracán, o qué? De nuevo fui súbitamente succionado por las divinidades de los océanos, de pronto empujado por una correntada, por dos correntadas, derecha y izquierda, de modo que me dejé llevar, en la mar océano –ni en la vida– jamás hay que luchar contra la corriente. Esa licuadora centrífuga es algo que nunca antes, en vidas anteriores y en otros océanos, sentí. Para un aficionado o para alguien que sienta miedo, esa licuadora puede ser mortal, si uno traga agua por ejemplo. No sentí miedo sino una especie de paz, tragué lo que pude de aire y me dejé llevar. El remolino me escupió a pocos metros de su aspiración, como una ramita seca. Al de nuevo sacar la cresta, de nuevo la ola me envolvió y me contrasuelió. Boconcita no se daba cuenta, uf, porque desde su visión sólo me veía entrando y saliendo, me dijo después, cuando en realidad estaba pasando esto que cuento. Uno no puede luchar contra la mar, contra el océano, contra el padre-madre

primordial. En esos instantes medio pendejos de la existencia, pensé en la mar de Besique de los primeros tiempos, el mar de la infancia, el mar de la pubertad, allá en Chimbote, allá, en la costa pacífica del Reino. Salí riendo como si nada, un poco emocionado, nada más, tu vois ma chérie ? Y regresamos caminando hasta nuestra penúltima magnificencia.

Hay dos super bares a disposición de los turistas galos con el brazalete verde fosforescente, uno de tipo tropical frente a la piscina, el otro en el hall para gigantes, muy elegante, parece haber sido concebido para la visita del gran Gatsby. La mayoría de compatriotas se relajan en el primero, deben ser las diez o diez y media de aquella primera mañana cuando pasó lo que arriba cuento. Descansa un ratito, Boconcita, le digo, voy a tomarme una chela –digo fiel al reglamento– y a escribir alguito que hace rato tengo en mente, después vamos a la playa (de aspiraciones centrífugas y contrasuelazos), regreso dentro de media hora. Al entrar al lujoso bar con aire acondicionado adecuado, me doy cuenta que soy el único o tal vez el primer cliente. Un esrilankés alto, algo llenito, de unos cuarenta años, bembón y de ojos arrechos me atiende medio de mala gana, refugiado en un inglés pésimo. El chef barman. Es el único que no se tragó el cuento de que el escriba era francés, ya sea nacido en las Galias, ya sea reencauchado. De nuevo lo observé, pero solapa. Ojos lascivos, lánguidos, bemba colorá, piel violeta, el rostro agujereado por los cráteres de un acné pretérito, cráteres ya secos, el chef barman era un homosexual notorio, pero « cacorro », como dicen los colombianos. Para mí, Sodoma y Gomorra es lo más natural del mundo, por eso existe desde la noche de los tiempos, por eso en cada ciudad del planeta hay una Sodoma y una Gomorra, y además el sexo es polimorfo, la pareja heterosexual es una variedad del abanico, nada más… Así pensaba cuando, afuera, como navegando en el calor, veo llegar a Boconcita, a Sophie, a Jean-Marc, se sientan y piden refrescos. Yo de pie en la barra reluciente haciendo apuntes que después se transformarán en este cronicón, era un buen momento. Entraron otros clientes. Surgieron mozos. El bar se animó. De pronto, siento una caricia de nuca a cóccix, me sorprende el muy pendejo, escucho el vozarrón medio apagado, como atravesando algodones, del cacorro de ojitos dormilones, preguntándome Where come from ? con su inglés personal. Boconcita, que a través del tabique de vidrio que nos separaba de la terraza, se ganó con el pase, entró a paso firme, yo estuve a punto de darle un puñetazo en la barriga, Boconcita lo salvó y me salvó, hubiera sido un escándalo, ya estaba pensando en cómo vengarme, lo consideré como una falta de respeto, pero después rápido olvidé la afrenta, imaginé lo que el sabio Siddartha hubiera hecho en tal caso, de pronto se hubiera reído comprendiéndolo, nada más, así que me reí imitandolo en la imaginación.

Por la noche, super recepción, profusión de cócktails, grandes parrilladas, era la despedida, el cabro era el jefe de camareros, servía y servía el arack con jugo de

piña, el arack con jugo de naranja, el arack seco o con hielo, ya la cólera se me había pasado, hello boy ! le dije medio cachasiento, nada más, le dije yo no quiero arack, quiero una chela, y no de cualquier marca, una chela Lion Lager, y el pata, caballero, hizo un gesto, de inmediato apareció un mozo con el dorado brebaje, se cierra el expediente, él (o ella) debió pensar que yo era un ingeniero, y francés, por supuesto.

Al día siguiente, una última caminata por la playa, una última incursión en las tiendas, un último rico almuerzo en el gran hotel Coco Royal Beach, ubicado en Beach Road, Maha Waskaduwa. Cien kilómetros separan Kalutara de Colombo, donde ahora estamos, en un terral que parece el terminal de buses Chinchaysuyo en Lima, a finales de los setenta, que quedaba en la avenida Grau. Cerca se encuentra un populoso mercado parecido a los nuestros de aquellos años, estoy en Colombo, y por momentos me parece que estoy en ciertos lugares de aquella Lima pretérita. Tipo seis, visitamos un templo hinduísta, el más impresionante de todos al menos para mí, donde me despedí afectuosamente de los dioses, y de Ganesh en especial, el dios de la inteligencia y la sabiduría, imaginando algún remedio, o al menos una panacea, para mi necedad recurrente, sólo hay que pensar en algo, imaginar algo en el sentido que queremos, los dioses viven dentro de nosotros, por eso no hay que pedirle nada a los dioses, sólo a nosotros mismos, pues como bien dice Maître Eckart con humor, hablando del dios hebreo: « Dios no es una vaca lechera. »

Un último gran hotel cinco estrellas nos esperaba para que los turistas hicieran tiempo, en una esfera fuera del tiempo, para el aperitivo y la cena, antes de ir al aeropuerto: la fastuosidad del The Kingsbury, situado en el 48 Janadhipathi Mawatha, donde ahora estamos, yo boquiabierto y maravillado, mis compatriotas también pero menos, muchos de ellos ya tienen costumbre de estos viajes, el gran hotel The Kingsbury hay que verlo para creerlo. La incomensurable terraza, la piscina de topacios en la oscuridad, hay un disc-jockey frenético en un espacio iluminado, se presiente la cercanía del padre-madre mar, de la mar acéano, una chela, una *pinte* de medio litro, en ese sitio y en ese contexto cuesta la ridícula suma de cuatro euros, piensa el gran Gatsby. Después fuimos a cenar, pero yo me acuerdo de lo que vi, de lo que veo, apenas al llegar, bajando del bus refrigerado, uf, qué calor, en Francia al parecer la temperatura ha bajado a quince grados, estamos bajando, esperamos la señal de los guías. Veo a un viejito metido en un super terno de super tela de super marca, que también está bajando, pero de una limusina plateada, o blanca, o que me parece plateada por el fulgor, un millonario o multimillonario inglés (oigo decir), los brigadieres, los generales y los comandantes de la recepción, esas personas metidas en esos uniformes, luciendo kepís y entorchados, se precipitan hacia el viejito que apenas saca la patita y muestra un calzado inglés valorizado en dos mil euros, supongamos, saca la pierna flaquita, sale el cuerpecito

elegante. Yo estaba cerquita. Nos vimos por una fracción de segundo, me sonrió y de inmediato lo reconocí: era un señor idéntico al poeta William Blake.

– Good evening, Sir ! Welcome to Sri Lanka !